

Ejército y nación. Reflexiones sobre la inscripción de la fuerza en la comunidad nacional

Valentina Salvi*
Esteban Vernik**

Resumen:

Interrogarse por los niveles de reconocimiento y efectividad de la perspectiva de derechos humanos en el interior de la estructura castrense implica también preguntarse por los símbolos o sentidos que están disponibles en los marcos culturales para qué, en determinado coyuntura tempo-espacial, lo/as oficiales de las fuerzas armadas le den forma y posibilitan tal o cual interpretación de su actuación en un pasado autoritario y su lugar en la sociedad democrática del presente. Con el propósito de aportar elementos analíticos al debate sobre la relación entre Fuerzas Armadas y Derechos Humanos, el trabajo busca dar cuenta de las representaciones de nación de lo/as oficiales del ejército argentino que no sólo dan forma a su “vocación de servicio como soldados” sino que alimenta y sostiene un tipo de inscripción de la agencia histórica de la institución (“creadores de la nación”, “reserva moral de la nación”, “salvadores de la patria”, “víctimas de la violencia entre argentinos” y otra, de menor peso, vinculados al rol industriales y científico del ejército) en la comunidad política. En suma, reflexionar sobre los marcos culturales que estimulan un tipo de relación ejército-ejército es un camino para identificar las políticas de ciudadanía de la profesión militar.

* Doctora en Ciencias Sociales, Investigadora asistente de CONICET y del IIGG, profesora de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA y del Departamento de Arte y Cultura de la UNTREF.

** Doctor en Ciencias Sociales, Investigador adjunto de CONICET y del IIGG, profesor de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA y de la UNPA.

Ejército y nación. Reflexiones sobre la inscripción de la fuerza en la comunidad nacional

Interrogarse sobre los niveles de reconocimiento y efectividad de la perspectiva de derechos humanos en el interior de la estructura castrense, tal como se propone debatir esta mesa, exige también preguntarse por los símbolos o sentidos que están disponibles en los marcos culturales que son parte de las instituciones armadas. A través de estos marcos, en diferentes coyunturas sociales y políticas, los hombres y mujeres que componen las fuerzas armadas le dan forma y producen tal o cual interpretación tanto sobre su actuación en un pasado autoritario como sobre su lugar en la sociedad democrática del presente. Con el propósito de aportar elementos analíticos al debate sobre la relación entre fuerzas armadas y derechos humanos, el trabajo se propone dar cuenta de las representaciones sobre la relación entre la profesión militar y la comunidad nacional que lo/as oficiales del ejército argentino actualizan cuando refieren a su “vocación de servicio” como “soldados” profesionalmente preparados, moralmente comprometidos y únicos habilitados para “dar la vida por la patria”. A partir del análisis e interpretación de las representaciones, creencias y valores que lo/as oficiales actualizan en el ejercicio cotidiano de su profesión, se buscará indagar en los sentidos, símbolos e imágenes que, provenientes del pasado pero también sujetos a los cambios y necesidades del presente, enmarcan, alimentan y sostienen un tipo de inscripción de la agencia histórica de la fuerza en la comunidad nacional.

A lo largo del siglo XX, luego de lograr la centralización definitiva de la violencia estatal en el ejército profesional, la relación ejército y nación se articuló en torno a sentidos e ideas que sirvieron para conformar la identidad institucional de la fuerza y el ethos de los cuadros. Figuras tales como “reserva moral de la nación”, “salvadores de la patria”, “creadores de la nación”, “portaestandarte de la nación”, “guardianes de la patria” dan cuenta no sólo del lugar privilegiado que el ejército se adjudicó en su vínculo con la nación sino también de un tipo legítimo de agencia que estaba llamado a ejercer. La definición tanto de una esencia atemporal como de un modo predestinado de acción ayuda a conformar las figuras, cuyo peso simbólico se busca aquí identificar, que si bien se vieron resquebrajados por la pérdida de legitimidad social luego de la violencia cometida durante el terrorismo de estado y la derrota de la guerra de Malvinas, son parte de los marcos culturales que orientan las prácticas de lo/as oficiales como miembros del estado y hacia la sociedad civil. A partir de un corpus de entrevistas, experiencias focales, charlas informales mantenidas con oficiales varones y mujeres del Ejército Argentino entre 2009 y 2011, esta ponencia busca reflexionar sobre los marcos culturales que estimulan un tipo de relación ejército-nación como un camino para identificar las políticas de ciudadanía de la profesión militar.

Figuras de la nación y de la vocación

Hacia finales del siglo XIX, con la centralización del ejército de línea –de índole escasamente profesional bajo comandancia de la presidente de la República- y de la Guardia Nacional –conformada por ciudadanos bajo poder real de los gobiernos provinciales- en un Ejército Nacional, se logró el control efectivo del uso de fuerza por parte del Estado nacional (Sabato, 2010). Cuando el ejército comenzaba a constituirse en una burocracia estatal, a autorregular su carrera interna y a establecer un esquema de ascensos y sanciones, se le asignaron tareas que iban más allá de las estrictamente militares de defensa y que contribuyeron a la construcción de un modelo de profesión castrense que articula destrezas y saberes técnicos con misiones civilizatorias de índole

nacional (De Privitellio, 2010: 208). Con la tarea de relevamiento y confección de la cartografía del territorio nacional, el ejército pasó a ocupar un rol central en el proceso de construcción del componente territorial de la identidad nacional. La elaboración del mapa nacional y la naturalización de la identidad territorial resultaron ser al mismo tiempo un desarrollo técnico y una tarea misional llevada a cabo por el ejército como agencia estatal. Con la ley del Servicio Militar Obligatorio en 1901, el ejército se abocó a una tarea que tuvo un fuerte sentido civilizatorio: inculcar la conciencia nacional y el sentimiento patriótico entre una población masculina con una fuerte presencia de inmigrantes.¹ Mas allá del adiestramiento técnico y militar de los jóvenes varones para la guerra, la llamada conscripción significó una misión que colocaba a los oficiales por encima de sus conciudadanos como “portaestandarte de la nación”, escuela de moralidad y valores nacionales (Badaró, 2006: 9). Por último, la ley Saenz Peña de voto secreto y obligatorio para la población masculina, que se implementó a partir de los padrones confeccionados por el ejército, otorgó a los oficiales la tarea de “guardianes” de los comicios y de las urnas.²

No obstante, a partir de la década del 30’, cuando el ejército ya era una burocracia altamente organizada, se produjo un crecimiento de la influencia de la Iglesia Católica en la formación de la oficialidad. Según Loris Zanatta (1996) la Iglesia Católica que se había quedado sin un espacio de peso en la formación del Estado Liberal de las primeras décadas del siglo XX, se lanzó a la conquista del ejército. En sintonía con la doctrina de la Iglesia Preconciliar que se oponía al mundo liberal y democrático, la vicaría castrense ofreció a los jóvenes oficiales una visión integrista, corporativa, antisemita, nacionalista y antiparlamentaria opuesta a la noción liberal de igualdad de derechos. Valores asociados a una “nación católica” en oposición al Estado Liberal sentaron las bases para la identificación de la nacionalidad argentina con el catolicismo. En aquellos años, el ejército buscaba no sólo inculcar el sentimiento patriótico sino salvar a la patria identificándola con la fe católica (De Privitellio, 2010: 215). Los oficiales del ejército se formaron en una visión neotomista que fomentaba la idea de “jerarquías naturales” entre los individuos y, en este registro, se abonaba la percepción de “superioridad moral” de los hombres del ejército sobre el resto de la sociedad.

Siguiendo esta línea, Badaró (2006: 15) muestra que, durante los dos primeros gobiernos peronistas (1945-1955), en las convocatorias para el ingreso de nuevos cadetes al Colegio Militar de la Nación se asociaba a los oficiales con la tarea de resguardar al mismo tiempo el “honor militar” y el “honor de la nación”. Produciéndose, así, una suerte de identificación entre la “custodia” y “preservación” de los valores militares y de las tradiciones de la nación. De este modo, se fueron construyendo los sentidos y símbolos que emparentaron a los cuadros con la figura de la “reserva moral de la nación”. La carrera militar adquirió un aura sagrada a partir del carácter excepcional de los valores morales que detentaba, diferenciándose de otras profesiones y colocándose afuera de la sociedad en una posición al mismo tiempo de “reserva” y de “guardia”. “Salvaguardar los mas sagrados intereses de la patria” se volvió una tarea que implicaba “preservar y defender el honor de los militares que llevaron adelante esta

¹ El Servicio Militar Obligatorio fue abolido en 1994 por el presidente Carlos Menem luego de que un joven conscripto, Omar Carrasco, fuera asesinado a golpes en la Unidad del Ejército Argentino en la ciudad de Zapala, Neuquén.

² A diferencia de Rouquié (1978) quien entiende estos procesos como una tendencia al aislamiento de los oficiales que redundó en la conformación de una corporación separada del resto de la sociedad y estimuló la irrupción de los gobiernos democráticos, De Privitellio (2010) considera que hasta los años treinta las tareas civilizatorias conectó a lo militares de manera muy estrecha con el universo civil.

custodia.” Aquí las figuras de la nación y de la vocación se amalgamaron bajo la noción de “servicio a la patria”.

A partir de la revolución libertadora (1955) y con la llegada de la Doctrina de la Seguridad Nacional y de la Guerra Contrainsurgente en el contexto de la guerra fría, la vocación de servicio en defensa de la “nación católica” se completó con la preocupación por la guerra revolucionaria y la amenaza de la “subversión interna”. Una agencia inscripta en la defensa de valores que se consideraban permanentes colocaba a los militares al mismo tiempo dentro y fuera de la sociedad. En una organización en la que se llama a “morir por la patria”, la tarea de defensa de los valores “occidentales y cristianos” se presentó como garantía última de reproducción de valores nacionales que sólo el ejército detentaba. Como “salvaguarda”, “garantía” o “reserva”, el ejército se preparó para una lucha contra un enemigo interno que atentaba contra la nación y su alma. En este contexto, los oficiales se concebían a sí mismo como “salvadores de la patria” y el ejército se lanzó al aniquilamiento total del los “enemigos de la patria” (García, 1995: 41).

Durante la última dictadura militar y los años de la transición democrática, los sentidos y símbolos en torno a la nación y a la vocación militar estuvieron atravesados por el posicionamiento de los integrantes del ejército respecto de lo actuado durante la llamada “lucha contra la subversión”. En efecto, el vínculo que el ejército buscó mantener al interior de la comunidad nacional se vio completamente permeado por las consecuencias del terrorismo de estado y de la derrota en la Guerra de Malvinas. A pesar que se vieron obligados por la sociedad civil a responder por los desaparecidos y por el robo de bebés, incluso los comandantes y algunos generales tuvieron que afrontar los estrados judiciales, el ejército continuó aferrándose a la figura de los “vencedores de la guerra antisubversiva”. Esta visión triunfalista del pasado se afirmaba en la creencia que la supervivencia de las instituciones democráticas se debía a que los militares vencieron en “una guerra justa y necesaria contra la subversión”.³ En este sentido, la rebelión “carapintada” de 1987 recibió el nombre de “Operativo Dignidad” puesto que buscaba devolverle la dignidad a un ejército entregado “a la vindicta pública orquestada por aquellos que en su oportunidad fueron derrotados”⁴. El hecho de haber ganado la guerra constituía razón suficiente para exigir el reconocimiento político del rol desempeñado por el ejército. En los primeros años de democracia, los militares continúan sintiéndose los “salvadores de la nación” quienes, si bien habían vencido en la guerra de las armas, no estaban logrando la victoria en la “guerra psicológica” puesto que el reconocimiento de la sociedad y del Estado tardaba en llegar. Más bien, sucedió todo lo contrario, las fuerzas armadas se convirtieron en la institución más desacreditada.

A mediados de la década del 90, luego de las declaraciones públicas del capitán Adolfo Scilingo y del ex-suboficial del ejército Víctor Ibáñez que contaban cómo se arrojaron personas vivas al mar, así como el mensaje del jefe del ejército, general Martín Balza, que reconocía la tortura y la desaparición de personas perpetradas por oficiales de la fuerza, la generación de oficiales que fue contemporánea de la represión, pero también las nuevas generaciones de oficiales, se quedaron sin *chance* de continuar

³ Una consideración semejante fue expuesta por el ex –almirante de la armada Emilio Massera en su alegato de defensa durante el Juicio a las Juntas. “No he venido a defenderme. Nadie tiene que defenderse por haber ganado una guerra justa. Y la guerra contra el terrorismo fue una guerra justa. Sin embargo, yo estoy aquí procesado porque ganamos esa guerra justa. Si la hubiéramos perdido, no estaríamos acá – ni ustedes ni nosotros- porque hace tiempo que los altos jueces de esta cámara habrían sido sustituidos por turbulentos tribunales del pueblo y una Argentina feroz e irreconocible hubiera sustituido a la vieja Patria.” *El diario del juicio*, 8 de octubre de 1985.

⁴ Documento enviado por el teniente coronel Aldo Rico antes de la sublevación a su comandante de brigada el 18 de febrero de 1987 (Verbitbsky, 1987: 164).

presentándose ante la opinión pública como los “salvadores de la patria de la amenaza marxista” o como los “vencedores de una guerra justa contra el enemigo subversivo” (Badaró, 2009: 311). Entonces, fue a mediados de la década del 90 que se produjo un giro de la memoria castrense hacia la figura de las “víctimas militares”. El ex-jefe del II cuerpo de ejército y ex-ministro de planeamiento del régimen militar, el general de división (RE) Ramón Díaz Bessone, quien fue presidente del *Círculo Militar* entre 1994 y 2002, se convirtió en el principal emprendedor del giro de la memoria militar hacia la figura de las “víctimas militares” con la publicación del libro *In Memoriam*. De este modo, se produce un desplazamiento de la figura de los “vencedores”, de los “combatientes de la lucha contra la subversión”, - o dicho de otro modo, del problema de la responsabilidad por la violencia- hacia la figura de las “víctimas militares” para igualarlas y contraponerlas a los “muertos del otro bando”, a las “víctimas del terrorismo de estado”. Este desplazamiento de la narrativa de la violencia cometida por los militares a la narrativa del sufrimiento padecido por los “muertos de uno y otro bando”, les permite presentar al ejército como un “víctimas más de la violencia entre argentinos”. En consecuencia, concentrarse en la figura de los “oficiales caídos” permite a su vez construir una selección de hechos que elimina del horizonte de sus memorias a los acontecimientos y a los oficiales que lo llevaron a cabo el golpe de estado del 24 de marzo de 1976 y los crímenes cometidos durante la represión posterior.

El marco de los festejos del Bicentenario ofreció al ejército una oportunidad altamente significativa para reafirmar el vínculo tradicional con la nación que se había perdido después de la última dictadura. La evocación de la revolución de mayo de 1810 posibilitó la renovación del relato fundacional que afirma que el “Ejército nació con la Patria”. Si bien en esta idea de alumbramiento en común se deja entrever que el ejército optó por una suerte de solución de compromiso en torno a un relato que, a lo largo del siglo XX, sostuvo un tópico central de la identidad militar: que el ejército dio origen a la nación. En efecto, para los cuadros la nación argentina nació de un hecho de armas y, por tanto, el ejército ya existía antes de 1810 remontando su origen mítico a la actuación de las milicias populares porteñas durante las invasiones inglesas de 1806 y 1807. El peso de este argumento quedó reflejado en los actos de conmemoración de los 200 años de las invasiones inglesas que se realizaron en la ciudad de Ensenada que implicaron una reconstrucción y representación “en vivo” de los principales hechos militares conmemorados (Badaró, 2008).

Desde 2003, con el gobierno nacional de Néstor Kirchner (2003- 2007) y de Cristina Fernández de Kirchner (2007-2011), aparecen nuevos sentidos y símbolos en torno a la relación ejército y nación. Se comenzaron a revalorizar figuras y acontecimientos de su historia que le devuelven a la institución un rol estratégico en el desarrollo nacional. Las figuras de los generales Manuel Savio, Enrique Mosconi, Benjamín Matienzo y Hernán Pujato, incluso del general Juan Domingo Perón, son revalorizadas para destacar el rol de ejército en el desarrollo científico, tecnológico y productivo de la nación. Figuras tales como el “estratega”, el “expedicionario”, el “científico”, el “precursor” comienzan a enmarcar un tipo de agencia histórica del ejército en la comunidad nacional.

La profesión militar y el servicio a la patria.

Con Weber (2008) y Durkheim (2003) sabemos que el ejercicio de una profesión requiere tanto de contenidos técnicos y formales especializados propios de los saberes expertos como de una dimensión trascendente y altruista con fuertes implicancias

morales y simbólicas. La profesión, en tanto régimen de vida, sostiene Weber (2008), moldea las representaciones y construye un imaginario cosmogónico alrededor de valores que conforman una ética de acción. Por su parte, Durkheim (2003) también afirma que la profesión es más que las competencias técnicas específicas, sino más bien una moralidad que estimula la cohesión social y el apego de los individuos al grupo. En la profesión militar, la dimensión altruista-trascendente le da al ejercicio de la actividad, un carácter sagrado y misional asociado a nociones tales como *acto de servicio*, *sacrificio*, *amor a la patria*, *defensa de la nación* y un marcado rol moralizador que se expresa en valores como *lealtad*, *entrega*, *abnegación*, *compromiso*, *coraje*. Ambos elementos enmarcan simbólicamente y moralmente la *expertise* y racionalidad técnica propias del ejercicio del mando y de la cohesión de una profesión que debe afrontar situaciones de guerra donde hay riesgo de vida de manera constante. En las entrevistas y experiencias focales entre oficiales del ejército⁵ se observa un notorio enmarcamiento de la actividad profesional específica –sean de arsenales, enfermería, cuerpo comando, intendencia, o incluso del cuerpo profesional- no sólo en valores y normas morales que se definen a la profesión militar como diferenciado de otras profesiones y la convierten en única e incomparable (Masson & Frederic, 2011: 2), sino en un conjunto de sentidos trascendentes, altruistas y misionales que definen el lugar y la agencia específicas auto-atribuidas por el ejército en la comunidad nacional.

El contexto de los festejos del Bicentenario, en especial el desfile militar en la avenida 9 de Julio del día 22 de mayo de 2010, representa, desde la perspectiva de lo/as oficiales, un evento altamente significativo puesto que reúne tanto los sentidos como las tensiones en torno a la relación actual entre el ejército y la nación. Si bien, y como ya hemos visto, tanto el ejército como sus cuadros establecen un vínculo privilegiado con la comunidad nacional a partir del valor simbólico que tiene para el ethos militar el principio de “dar la vida por la patria”. Sin embargo, luego de la violencia perpetrada durante el terrorismo de estado y de la derrota de guerra de Malvinas, en un contexto de pérdida de prestigio y declinación de la elite y de la profesión militar⁶, lo/as oficiales se ven obligados a evaluar, explicar, tramitar y gestionar las relaciones de reconocimiento mutuo que establecen con la comunidad nacional de la que son parte. En efecto, las formas de reconocimiento social se presentan en la vida militar como tópico que organiza y determina las estrategias de valorización de la profesión militar y del rol desempeñado en la comunidad nacional. Veamos algunas de estas cuestiones en la conversación registrada entre oficiales mujeres durante un grupo focal realizado en noviembre de 2010 a propósito del desfile militar durante los festejos del Bicentenario:

“E5: Estaban contentos, ellos no se imaginaban la importancia de estar justamente en ese momento, en el desfile del bicentenario. En 30 años les van a decir ellas, las que lleguen, a sus hijos o sus nietos ‘fui cadete y estuve en el

⁵ Estos grupos focales fueron realizadas en 2010 y 2011 en el marco del Proyecto Ubacyt S034 “Las raíces imaginadas de la nación. Representaciones de la nación y la globalización entre diferentes funcionarios del Estado.” y del Proyecto PIP (458) “Representaciones de la idea de nación entre diferentes funcionarios del Estado”.

⁶ Esta declinación se expresa no sólo en la disminución del reclutamiento de nuevos cuadros que se produjo a lo largo de la década del 90’, que hoy se ve revertido por la transformaciones en el plan de estudios de las academias militares, sino también en el aumento de pedido de bajas que se observa en la actualidad. Así como la desmilitarización de los actos públicos durante fechas patrias, la pérdida de áreas de influencia al interior del aparato del estado (separación de la defensa de la seguridad interior) hasta la disminución general del presupuesto asignado a las fuerzas armadas y el consecuente deterioro del equipamiento militar. (Masson & Frederic, 2011; Frederic et al, 2010)

desfile y me pasó tal cosa'. En el momento de gritar en mi sección 'viva la patria', decían 'viva' o 'esas son las mujeres de mi patria', esas cosas nos llegan. Y nos revitalizan, nos dan fuerza, con tan poquito, el reconocimiento de la población es muy importante, y saber que estamos haciendo las cosas bien.

- ¿Con qué tiene que ver el reconocimiento para ustedes?

E3: Con la aceptación. De que podemos llegar a tener iguales o diferentes pensamientos. De que ellos pueden hacer patria levantándose día a día, yendo al colegio a estudiar, trabajando, y que también nosotros hacemos patria en diferentes puntos del país donde nos mandan y haciendo diferentes actividades. Ella en comunicaciones, en intendencia siendo contadora, nosotras, los médicos como médicos, los infantes haciendo sus cosas.

- Ese reconocimiento alimenta la vida militar...

E3: Sí, sí.

- Cuando eso no está es...

E2: Además es como que en el interior se lo necesita al ejército y el ejército está para la población. Para hacer loco, para chocolate, para que vayan los chicos a aprender, para trasladar a los chicos, sobre todo a escuelas y todo eso; y acá es como que no se lo utiliza al ejército. En las provincias es un montón, en inundaciones, en campañas sanitarias, es acá en Buenos Aires donde todo es más frío. Allá nosotros visitamos a los mapuches en Neuquén e intercambiamos con ellos y todo y nunca hubo un problema de nada. Acá se ve ese corte."

El hecho anecdótico, que estas oficiales relatan sobre el desfile militar en la avenida 9 de julio, reúne un conjunto de sentidos y representaciones sobre la relación entre ejército y nación/sociedad que este trabajo se propone identificar y analizar. En primer lugar, el desfile militar del Bicentenario pone de manifiesto una diferencia entre la imagen y el lugar social que tiene el ejército en el interior y en la ciudad de Buenos Aires. Uno y otro escenario aparecen en la narrativa de las oficiales adquiriendo una significación específica en función de los vínculos que los militares establecen con el mundo civil fuera de los cuarteles⁷. La calle, el tren, la universidad u otro lugar de trabajo tanto en Buenos Aires como el interior del país se presentan para lo/as uniformado/as como un barómetro que permite testear no sólo la relación con la sociedad sino también la imagen de sí mismos que esta les devuelve. En general, la ciudad de Buenos Aires más que las ciudades del interior, la calle más que los lugares de trabajo, la universidad pública más que las universidades privadas resultan, para lo/as oficiales, lugares más hostiles a su presencia. Veamos estas cuestiones en la conversación entre oficiales mujeres registrada en un grupo focal realizado en abril de 2011:

E1: "En el desfile del 22 que no había sido el 25, las cadetes tenían miedo de lo que podía pasar con la gente pero yo las motivé de que practicasen en el Colegio Militar y de que gritaran 'Viva la Patria' con el redoblante. Pero el día del desfile cuando gritó 'Viva la Patria', al principio gritaban en voz baja, no obstante al ver que la gente les festejaba entonces gritaron durante veinte cuerdas.

- ¿Qué pasa con la gente?

⁷ "El 'civil' es una invención de los militares. No soy "civil", a no ser cuando estoy delante de los militares y cuando soy clasificado de este modo por ellos." (Castro, 2009: 25)

E5: La gente tiene una concepción errada del ejército piensa que todo es lo mismo... yo no tengo la culpa de lo que pasó, tenía catorce años y ellas ni siquiera habían nacido (señala a sus compañeras).

E4: Una vez unos compañeros míos que eran cadetes estaban por tomar el tren y pasaron unos por al lado y les dijeron, seguro que éstos son policías y después dijeron, ah no, 'éstos vienen del criadero de fachos' y me da hasta bronca decirlo.

E5: Yo estudié en una Universidad y un profesor nos preguntó donde habíamos estudiado y nosotros le dijimos que acá... a partir de ahí nos empezó a señalar y a decir las militares del fondo (la entrevistada muestra una expresión de fuerte disgusto cuando expresa esto último) y el profesor nos señalaba y nos decía, porque yo estuve exiliado en Uruguay y nosotras no le contestábamos por respeto..."

Pero en el interior del país, la situación es distinta como muestra una joven oficial:

"... Y me tocó irme el año pasado y la mitad del pasado a San Martín de los Andes. Y es lindo, o sea, es gratificante, cuando uno llega a un lugar, la gente, de los pueblos se acerca, te saluda, al menos para mí, me gratifica decir, uh estoy haciendo algo por la gente, porque ellos ven."

En segundo lugar, lo/as oficiales despliegan diversas estrategias para afrontar y explicar las ambivalencias en el reconocimiento social de la profesión militar. Entre ellas, la estrategia que les permite a lo/as oficiales gestionar su transformación institucional e identitaria en la sociedad argentina pos-dictadura es aquella que busca mostrar y confirmar que el ejército de hoy es diferente al ejército de hace 30 años. "Los militares cambiamos", "somos militares de la democracia" y "la gente tiene una imagen equivocada del ejército" son expresiones que sintetizan una transformación institucional que los oficiales buscan mostrar a los civiles. En este sentido, el hecho de participar en entrevistas y grupos focales es parte de esta estrategia para mostrar a la sociedad –en este caso a los investigadores y profesores- cómo es realmente el ejército y cómo ha cambiado en los últimos años. El propósito es pues mostrar que los sentidos castrenses asociados a la idea de nación no están disociados de la noción de democracia y que toman distancia de cualquier manifestación de autoritarismo, fascismo y golpismo.

No obstante ello, otra forma de afrontar la pérdida de reconocimiento social que sufre la profesión militar es explicar las diferencias entre los escenarios sociales, Buenos Aires y el interior del país, en clave de diferencias de valores y sentimientos nacionales y apego a las tradiciones entre la "población" de ambos lugares. La ciudad de Buenos Aires, escenario donde el reconocimiento social es más escaso, es vista como un lugar en el que el "desorden", la "desorganización" y la "inseguridad" dan cuenta de una pérdida de los valores morales, donde sus habitantes, atrapados en la "vorágine", muestran un mayor apego al consumo y a los medios de comunicación. En cambio, la vida en el interior del país, en sus pueblos y ciudades, resulta "menos contaminada" y con un mayor apego a las tradiciones y sentimientos nacionales, así como a valores morales asociados al *respeto* a los otros, a la patria, a la historia y a las tradiciones culturales. De este modo, los desfiles militares durante las fechas patrias resultan indicadores del reconocimiento de la "población" como muestran en esta conversación unas oficiales mujeres que se desempeñan en el Colegio Militar de la Nación:

E2: “Yo lo que noto en el interior del país, no lo noto en las grandes ciudades, es ése sentimiento patriótico, sobre todo 25 de mayo, 9 de julio, eso se nota mucho en el interior, mucha importancia hacia las tradiciones, cosa que acá, Buenos Aires, es totalmente distinto. Sin ir más lejos, en Jujuy festejan lo que es el éxodo jujeño, todos los años ellos representan el éxodo jujeño, va toda la ciudad de Jujuy, eso realmente, Tucumán lo mismo, 9 de julio es fiesta, tienen muy arraigado lo que es la parte histórica, cosa que acá en Buenos Aires eso nunca lo noté. Nunca. Acá pasa como un día más. Para nosotros no porque sí formamos el 25 de mayo, es tradición el chocolate después de cualquier formación, no solamente acá, en todas las unidades es lo mismo. Pero en cuanto a la sociedad, en el interior tienen más arraigado.

E1: Hay como más unión. Allá en Mendoza todos los 25 de mayo, los desfiles eran cívicos militar. Desfilaban todas las escuelas, todos los jardines de infantes, todos, y además nosotros.”

Como se desprende del relato anterior, las oficiales explican las diferencias en cuanto al lugar y la imagen que tiene el ejército en las comunidades locales en clave del mayor o menor apego que estas mantienen con las tradiciones nacionales. En general, el interior del país, a diferencia de la ciudad de Buenos Aires, aparece como el lugar en el que la coincidencia entre las ceremonias oficiales y los festejos populares se explican por la existencia de un mayor sentimiento nacional. Al tiempo que el poder unificador de ese sentimiento nacional se materializa en el reconocimiento del ejército como una institución autorizada a festejar, celebrar y transmitir tal sentimiento. Aquí el vínculo de la nación con el ejército no se explica en términos de su democratización sino en función del apego de una idea de nación asociada a identidades tradicionales como el gaucho, el folklore y el campo, a figuras de la religión católica como la virgen de Luján y a la familia patriarcal asociada a valores como el “respeto” a la autoridad. Así lo expresaba una oficial en un grupo focal realizado en diciembre de 2009 en el Estado mayor General del Ejército:

E6: “El ejército es una institución muy tradicional. La escala de valores, uno cree en la patria, cree en, bueno, la mayoría somos católicos, y creo que todos compartimos en cierto punto esa tradición, sino no estaríamos acá. Porque es la base de la institución militar. Dentro de, en los últimos años, igual, está que nos bajaban otras cosas, pero básicamente, a uno le importa la patria, la iglesia y la familia.

- ¿Todas comparten eso?

E2: Si”

Grimson et al (2007: 441) sostienen que esta tradición basada en lo rural, lo patrimonial y lo religioso no se construye desde la diversidad histórica sino desde una homogeneidad anclada en un conjunto de relatos que cuentan los orígenes de la nación y un sentido uniforme de su identidad. De modo tal que el interior del país aparece, para las oficiales entrevistadas, como un escenario en el que la relación ejército-comunidad nacional se sustenta en el respeto común a los valores morales tradicionales que son parte de la vida militar, al tiempo que se explica el escaso reconocimiento en la ciudad de Buenos Aires por una pérdida o ausencia de dichos valores morales y cívicos. De este modo, la estrategia de renovación y transformación que busca no sólo mostrar a la sociedad que el ejército ha cambiado y que “la gente tiene un concepción errada”,

pendula con otra, mas bien conservadora, que se repliega hacia adentro y vuelve a sostener un identidad institucional tradicional y detenida en el tiempo que asocia a tradicionalismo con virtudes cívicas.

Ahora bien, ¿cómo conviven ambas estrategias al interior de la vida y la profesión militar? Los trabajos de Badaró (2009) y de Castro (1990) sobre las academias militares de Argentina y Brasil sostienen que un rasgo central de la profesión y la identidad militar es la adscripción a valores morales que se presentan como diferenciados de otras profesiones y del mundo civil. Si bien, lo/as oficiales buscan relativizar esa diferencia mostrando que la profesión militar es igual a otras profesiones y parte como otras de la sociedad, estos elementos en común, que buscan ser destacados, conviven con otros que reproducen la lógica de la diferenciación moral. Ciertamente, lo/as oficiales del ejército quieren dejar de ser vistos como distintos, a pesar de que se sienten y se ven a sí mismos como diferentes al resto de la sociedad. Aquí el deseo de ser parte de la sociedad deja paso a la reafirmación de vínculo excepcional con la nación. Veamos estas ideas en palabras de oficiales auditoras de entre 29 y 49 años:

E6: Nosotros ya del sólo hecho de ser militares ya tenemos esa partecita más como exaltada del ser argentinos, del ser patriotas ¿no? (...) Uno saca el pecho y dice “mi patria”, es como nos pasa normalmente acá en el colegio y decimos ¿y vos de qué provincia sos? Y una decía orgullosa “yo soy de San Juan”. Es esa parte del patriotismo que uno tiene de por sí y que, en nosotros los militares se aflora mucho más.

E3: Totalmente.

E6: A nosotros más que nada que estamos acá y los que estudiaron la carrera militar, no quiero decir que en el resto no, es como que te lo afloran más.

E5: Lo demostramos tal vez de otra forma. Siguiendo toda la parte de la historia, las tradiciones, es una institución de muchas tradiciones, una institución que a través de los años se sigue manteniendo. Así como los gauchos con la payada, con la jineteada, con la carrera de sortijas, ellos tienen su forma de demostrarlo y seguir las tradiciones; nosotros tenemos las nuestras y la sociedad también tiene las suyas. Nosotros también formamos parte de la sociedad pero uno cuando ingresa al colegio o cuando ingresa a un instituto de formación del ejército, tiene eso incluido y los van como moviendo a uno y los van llevando a que las tradiciones sean más fuertes. A tener esa parte del patriotismo en cuanto a San Martín, Belgrano, Sarmiento. Uno ve los colores celestes y blancos y se ve y lo siente de otra forma. Uno se levanta a la mañana temprano, se lava la cara, y sabe que hace patria, al igual que el camionero que se levanta y maneja con su camión, al igual que la maestra que va y enseña con sus libros. Nosotros hacemos patria de esa forma y en todos los puntos del país, ya sea el comunicante, el ingeniero, la enfermero, el bioquímico; todos pertenecemos a la institución.”

Para el grupo de oficiales que participó de los grupos focales, la vocación militar se confunde con el sentimiento por la nación. La primera no está separada y funciona como fundamento del segundo. Existe una identificación directa entre su condición de militares y su condición de argentinas. “Yo tengo el sentimiento, soy militar porque lo siento, por un sentimiento de la nación”. El amor a la patria está mediado pero también estimulado por la condición de militares. De este modo, los sentimientos de orgullo y patriotismo que surgen de la vocación y la profesión militar refuerzan la auto-identificación del ejército como portador de virtudes cívicas. Si bien lo/as oficiales

buscan tomar distancia de figuras controvertidas tales como “salvadores” o “guardianes” de la patria, se reconocen como miembros de una institución encargada de reproducir y transmitir el sentimiento nacional.

Cambio y continuidad, adaptación y permanencia, decadencia y reafirmación son figuras que muestran la pendulante relación que el ejército establece con la comunidad nacional, en esta etapa institucional de su historia. Al mismo tiempo que se acepta la necesidad de mostrar cambios para encontrar un lugar de reconocimiento al interior de una nación democrática, se produce una reafirmación de valores morales tradicionales que interpretan el presente como signo de decadencia y pérdida de virtudes cívicas y patrióticas. En esta doble inscripción del ejército en la nación democrática y en la idea tradicional de nación, se despliega la agencia histórica de una institución que aspira al reconocimiento social de sus compatriotas pero que busca mantener sus tradiciones.

Bibliografía

- Badaró, Máximo 2006 “La construcción simbólica de la identidad del Ejército argentino”, en *Entrepasados. Revista de Historia (Buenos Aires)* Año XV, Número 30.
- 2008 “El Ejército Argentina y la construcción de un relato institucional sobre la década del ‘70” Workshop La gravitación de la memoria: testimonios literarios, sociales e institucionales de las dictaduras en el Cono Sur, Göttenorg, 15-19 de septiembre de 2008
- 2009 *Militares o ciudadanos. La formación de los oficiales del Ejército Argentino* (Buenos Aires: Prometeo)
- Castro, Celso 1990 *O espírito militar: um estudo de antropologia social na academia militar das Agulhas Negras* (Rio de Janeiro, Jorge Zahar)
- 2009 “Em campo com os militares”, en Castro, Celso y Lierner, Piero (comps.) *Antropología dos militares. Reflexões sobre pesquisa de campo* (Rio de Janeiro: FCV Editora)
- De Privitellio, Luciano 2010 “El Ejército entre el cambio de siglo y 1930” en Ministerio de Defensa *La construcción de la Nación Argentina. El Rol de las Fuerzas Armadas* (Buenos Aires: Ministerio de Defensa)
- Durkheim, Emile 2003 *Lecciones de sociología. Física de las costumbres y el Derecho y otros escritos sobre el individualismo, los intelectuales y la democracia* (Madrid: Miño y Dávila Editores)
- Frederic Sabina et al 2010 “La formación militar como formación moral: transmisión y adquisición de saberes teóricos prácticos en las Fuerzas Armadas” en Frederic, Sabina et al *El Estado argentino y las profesiones liberales, económicas y armadas* (Buenos Aires: Prehistoria ediciones)
- García, Prudencio 1995 *El drama de la autonomía militar. Argentina bajo las Juntas Militares* (Madrid: Alianza Editorial)
- Grimson, Alejandro et al 2007 “La nación escenificada por el Estado” en Grimson, Alejandro (comp.) *Pasiones Nacionales. Política y cultura en Argentina y Brasil* (Buenos Aires: Edhasa)
- Masson, Laura & Frederic, Sabina 2011 “Cohesión y liderazgo en tiempo de paz. La experiencia de posguerra de las fuerzas armadas argentinas” IX Jornadas de Sociología de la UBA, Buenos Aires, 9-12 de agosto de 2011.
- Rouquié, Alain 1978 *Poder militar y sociedad política en la Argentina*. (Buenos Aires: Emecé) Tomo 2.

Sabato, Hilda 2010 “¿Quién controla el poder militar? Disputas en torno a la formación del Estado en el siglo XIX en Ministerio de Defensa La construcción de la Nación Argentina. El Rol de las Fuerzas Armadas (Buenos Aires: Ministerio de Defensa)

Verbitbsky, Horacio 1987 Medio siglo de proclamas militares (Buenos Aires: Editora/12)

Weber, Max 2008 La ética protestante y el espíritu del capitalismo (México: F. C. E.)

Zanatta, Loris 1996 Del Estado Liberal a la Nación Católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo. 1930-1943 (Quilmes: Universidad Nacional de Quilmes)